



En 1917, el aniversario del milagro del MARNE - 8 de Septiembre de 1914

se encontraba dominado por dos vicios: la cocaína y el alcohol. Ignoramos si nuestra Policía se ha dirigido a la de los demás países que ha recorrido González, averiguando por su conducta anterior.

Vida de Antonio Lorente

Antonio Lorente, el otro autor del sacrilego robo, tiene hoy 36 años de edad y nació en Santiago de Cuba; aún vive allí su madre, a cuyo lado pasó él su primera infancia. Su vida es también accidentada y llena de aventuras.

Su padre, médico, que vive en la ciudad de Manzanillo, le envió a Washington cuando apenas contaba con seis años para que siguiera estudios de dentisteria con un profesor amigo suyo y para que al mismo tiempo se perfeccionara en el conocimiento del inglés. Aprendió el inglés y regresó juzgándose que con

saparecer. Llegan gritos terribles, que se confunden con los ruidos del océano. Es el fin. El buque ha debido hundirse.

Se cuenta en la playa. Están diez naufragos del *Buena Esperanza*. La canoa llegó a tiempo para arrancar al mar su presa.

Un hombre con sus rudas manos negras acariciaba los cabellos de un niño.

Este murmura.

—Soñaba que te ahogabas; desperté, me levanté, corrí al faro, tiré de la cuerda de la campana y luego....

—Y luego nos has salvado pequeño. Sin ti habiéramos sido devorados por las olas. Ya no había mástiles ni timón. Se iba a la deriva.... ¡Oh! estoy contento, pequeño.... ¡Eres de los nuestros, un verdadero Mazehende!

Y el padre toma a su hijo en brazos.
—¿Entonces me llevarás al mar con-

pocos conocimientos odontológicos— a los once años a su hogar paterno para fugarse a los trece con una compañía de titiriteros y acróbatas que dirigía Antonio Volante. Daba volantines, ejecutaba contorsiones y era un trapeista de considerable agilidad y maestría. Recorrió con tal Compañía a Colombia, Perú, Venezuela, Puerto Rico, Santo Domingo, Haití y Costa Rica. En la República de Haití resolvió abandonar la compañía y embarcarse para Colombia, desembarcando en la ciudad de Cartagena de Indias, donde sirvió como cochero y como de guía de turistas por cuenta de la casa de Moldekje. Algún viajero inglés le trajo de allí hacia el interior del país para que le sirviese de intérprete en la busca de minas de oro en el Departamento del Tolima.

Cuando el viajero partió, él permaneció aquí en Bogotá donde había de ingresar, un poco más tarde, en

tigo el año próximo?

—Mañana si quieres, Ivonneck.

Desde las rocas, estremecida aún por la angustia que acaba de sufrir, la abuela ha oído todo.

Dos lágrimas se deslizan por sus arrugadas mejillas. Comprende que la miserable, su rival le arrebatara al cabo, y para siempre al nieto.

Con un supremo esfuerzo le ha seguido, feroz y trágica. Su puño se extiende amenazante hacia la mar, que brama siempre.

Pero su gesto de odio concluye:

—¡Ah! Me lo robas, maldita! y en una caricia para el pequeño, que se ha arrojado en sus brazos, y que con una voz dulce, como el canto de las olas que mueren en la playa en las tardes de verano, murmura:

—No la maldigas abuelita por que esta noche ha sido placida.

otra compañía de acróbatas: la de Antonio Palacio Hamata "El Circo Real". La compañía se fue y él volvió a su antiguo oficio de cochero durante dos años; luego volvió a Barranquilla, donde fue también cochero y mecánico constructor de buques en una de las Compañías de Navegación del río Magdalena.

En uno de los buques de la tal compañía se embarcó un día y regresó a Bogotá; aquí vivió en el pasaje Paul en la pieza N.º 13, construyendo trampas de alambre para las ratas y componiendo asientos de paja. Todos recordamos haberlo visto ofreciendo de puerta en puerta sus artículos.

El sastre Blumfield le contrató en ese entonces para que le acompañase a los Estados Unidos, pero él desistió en Barranquilla del viaje y siguió dedicado a su antiguo oficio de asientos de paja. Poco después se embarcó para California, donde vivió de la mecánica; de allí pasó a Chicago como chauffeur, y como chauffeur regresó a Bogotá en el año de 1946.

Su encuentro con Valentín González es bastante curioso y en él puso mucho de su parte la madre casualidad. González vivía en el Hotel Hamburgo en cuyos bajos se hallaba situado el bar de Venturoli y frecuentaba por este motivo mucho la referida cantina. Un día entró Lorente hablando en alta voz con acento cubano que ni los viajes, ni el tiempo habían podido borrar. González le oyó e inmediatamente le llamó la atención:

—¿Usted es cubano?

—Sí, señor.

Y así nació aquella amistad que fue haciéndose cada día más íntima hasta llegar a culminar en el delito que conjuntamente ejecutaron.

Antonio Lorente vivía en una pieza de la calle de Girardot, cerca del Puente Colgante, y el solar de la tal casa daba al río; en dicho